

El acogedor Ateneo Lateranense se vió de nuevo (recordamos el año 1950) animado con la presencia de tantos eclesiásticos de todo el mundo y condecorado con la prestancia de eminentes teólogos de todas las escuelas y clases católicas. La cordialidad reinante entre tantas gentes distintas, de mentalidades diversas y opiniones no idénticas en puntos secundarios del dogma, fué una de las características de este Congreso. Parece que la catolicidad, que flota por encima de todas las divergencias de escuela, se palpa en la Alma Roma, bajo la sombra del Papado y mucho más cobijados bajo el manto de María Inmaculada.—FRANCISCO DE P. SOLÁ, S. J.

## El Congreso Nacional Agustiniiano

(París, 21-24 septiembre 1954)

El décimosexto centenario del nacimiento de San Agustín ha reunido en París, del 21 al 24 de septiembre de 1954, una numerosa y selecta concurrencia de estudiosos de la obra del gran Obispo de Hipona. Convocado por iniciativa de los PP. Agustinos de la Asunción, y preparado por un comité formado por Mgr. Arquillière, el canónigo Bardy, los PP. Camelot, O. P., Cayré, A. A., Henry, S. I, y los profesores Courcelle y Marrou, el Congreso internacional agustiniano se ha celebrado en el Instituto Católico de la capital francesa, cuyo rector Mgr. Blanchet pronunció el discurso de apertura. Más de 300 fueron los asistentes, si bien hubo de lamentarse la ausencia personal de algunas figuras de primer orden en el campo patristico y filosófico, como Bardy y Gilson. La mayoría de los presentes eran franceses, como es natural, pero hubo buenas representaciones de Bélgica, Holanda, Alemania, Austria, Suiza, Italia, España, Inglaterra y los Estados Unidos de América, ni faltó la voz del Oriente y una comunicación del Ecuador. Tuvo pues el Congreso carácter marcadamente internacional.

Las comunicaciones, publicadas ya con algunas semanas de antelación en dos volúmenes *«Augustinus Magister»*, ascienden a 109, más algunas otras que verán la luz junto con las Actas del Congreso. En estos dos volúmenes aparecen divididas en secciones, Historia literaria, Filología y crítica, Fuentes, el Monaquismo, Filosofía agustiniana, la doctrina de la iluminación, el Hombre, Dios, Temas bíblicos, Moral y Ascesis, la Gracia, Cristo y la Iglesia, Teología de la Historia, Influencia agustiniana. Los nombres de muchos de los autores de las comunicaciones son bien conocidos en el campo de la investigación agustiniana y en general de la literatura patristica y filosófica: Bardy, Courcelle Marrou, Mohrmann, Ivanka, Plinval, Hendriks, Thonnard, Vega, Hessen, Sciacca Gilson Nédoncelle, Muñoz-Vega, Cayré, Folliet, Rondet, Deman, Vaca, Capánaga, Garrigou-Lagrange, Phillips, Boyer, Perler, Camelot, Arquillière, Cristiani, etc., etc. No puede ser pretensión de esta breve crónica juzgar el contenido de estas comunicaciones; esto será más propio de una reseña de ambos volúmenes junto con el de las Actas del Congreso, de próxima aparición. Aquí daremos cuenta solamente del trabajo de las sesiones.

Fueron éstas prolongadas y de intenso trabajo: de 9,30 a 12,5 por la mañana, y de 14,30 a 16,30 y de 17 a 19 por la tarde. Publicadas ya las comunicaciones y siendo tantas en número, no se leyeron, ni siquiera en resumen. Las sesiones, presididas cada una por ilustres congresistas, consistieron en relaciones sobre las comunicaciones presentadas y la subsiguiente discusión. Los relatores, designados por el comité ejecutivo, fueron personas especializadas en el sector particular a ellas encomendado: la Sra. Mohrmann de las cuestiones filológicas y literarias, los Sres. Pellegrino y Pincherle sobre las fuentes agustinianas y el platonismo, Mandouze sobre la Mística, Nédoncelle (por ausencia de Mgr. Jolivet) sobre la iluminación y el conocimiento, Marrou sobre la Teología de la Historia, Philips sobre Cristo, la Iglesia y los Sacramentos, P. Rondet sobre temas bíblicos, P. De Broglie (por ausencia del P. Deman) sobre la teología de la gracia, y Vignaux sobre el influjo agustiniano. No todos los relatores concibieron de un modo uniforme su cometido; la Sra. Mohrmann y el Sr. Vignaux presentaron excelentes referencias de las comunicaciones de su respectiva sección; en cambio otros relatores se extendieron con más cariño en la exposición de puntos de vista particulares, o en las cuestiones vitales que en el fondo se debatían, por ejemplo, acerca de la mística agustiniana. Siendo tan variadas las materias tratadas en las comunicaciones, para evitar la excesiva dispersión de las discusiones, propusieron los Sres. relatores concentrarlas en algunos temas principales referentes a la materia de la sección.

Claro está que no todos los temas pudieron ser tratados en profundidad; algunos, por muy especializados, y que suponían estudio y confrontación de textos, no se prestaban a las discusiones más o menos improvisadas de un Congreso; otras, por su proverbial dificultad y por la conexión con otras materias, eran de difícil solución, como resultado del breve tiempo que se les podía conceder. Mas sin duda se trataron puntos importantes, y sin que se llegase a conclusiones definitivas, el intercambio de puntos de vista de los comunicantes, muchos de ellos acreditados especialistas, resultó interesante y provechoso.

Las discusiones versaron en buen número sobre temas ideológicos, filosóficos y teológicos, y aun en los de carácter más literario se atendía a la posición intelectual agustiniana. Esta trabazón íntima de lo literario y lo intelectual tiene sin duda importancia en la apreciación crítica de las doctrinas agustinianas, pero no deja de presentar inconvenientes, que en algún trabajo se han hecho resaltar no sin cierto amable humorismo; nos referimos a la comunicación del Sr. Mandouze: «*L'extase d'Ostie. Possibilités et limites de la méthode des parallèles textuels*» (v. 1 p. 67-84)<sup>1</sup>. En realidad parecía flotar en el ambiente de las discusiones un minimismo excesivo y una cierta fobia a soluciones claras y precisas, aun en puntos que no parecen ofrecer especial dificultad. Tal fué la discusión bastante prolongada sobre el plotinismo o neoplatonismo de San Agustín. Se pretendió que, dada la incompatibilidad de las tesis fundamentales del plotinismo con la doctrina cristiana, no podía hablarse de plotinismo en Agustín convertido; mas no es

---

<sup>1</sup> El autor reacciona con viveza contra el verbalismo, que en los paralelismos exagera enormemente las semejanzas, sin atender a ciertos criterios y limitaciones obvias al sentido común.

posible desconocer, como notaron otros congresistas, un influjo real y permanente de temas neoplatónicos en el pensamiento agustiniano, al menos en ciertos principios y tendencias generales. La discutida doctrina de la iluminación agustiniana dió lugar a cambios de impresiones que parecen sosegar el pensamiento sobre la ideología de San Agustín. Se rechazó desde luego expresamente todo ontologismo; aun el innatismo se creyó estaba fuera del pensamiento del Santo. Las opiniones se dividieron entre un como *a priori* del conocimiento, y una expresión de la misma constitución y modo de funcionar del intelecto humano, en cuanto es irradiación y reflejo de la luz intelectual suprema, que es (en sentido subjetivo) el mismo entendimiento divino.

Entre los temas más propiamente teológicos del agustinismo ocupó lugar destacado el de la mística agustiniana. Aquí se precisó ciertamente el concepto de pasividad y recepción que implica la mística propiamente dicha, y con razón. De donde se dedujo por algunos congresistas la duda sobre la existencia de verdadera mística en los escritos del Obispo de Hipona, precisamente porque no parecían contener o acentuar suficientemente esta nota, que tan al vivo resalta en una Sta. Teresa por ejemplo. Con todo, también en esta apreciación parece observarse algo del verbalismo quizá inconsciente de ciertas interpretaciones, que puede quedarse un poco a la superficie del verdadero pensamiento de la antigüedad. Es posible que algunos autores hayan exagerado un tanto, viendo mística en pasajes agustinianos que no llegan a ella; mas la negación absoluta de misticismo en San Agustín difícilmente podrá ser aceptada. La «Teología (no Filosofía) de la Historia» (así se acentuó, por considerarse que la Historia no la escruta Agustín desde un punto de vista meramente racional, sino en función de la revelación), ocupó largamente a los congresistas. Es verdadera esta constatación; pero sería exagerado sostener que no contiene el «*De civitate Dei*» al menos los principios de una simplemente dicha Filosofía de la Historia; aquí, como en otros puntos, coinciden Filosofía y Teología. Un problema marginal de esta obra agustiniana, de carácter en sí meramente filosófico, aunque también con derivaciones teológicas, dió ocasión a numerosas intervenciones el de la naturaleza del tiempo; no quedó claro, como era de prever, ni en sí mismo, ni en la idea agustiniana de imagen de la eternidad. Tampoco se llegó a fórmulas definitivas en la discusión sobre el pensamiento agustiniano sobre la realidad concreta de la «Ciudad de Dios». Las cuestiones exclusivamente teológicas, que ciertamente no faltaban en las comunicaciones (si bien no en gran número) no pudieron ser discutidas con amplitud, principalmente por escasez de tiempo, y quizá también por despertar menos el interés de una parte de los asistentes. Tan sólo se tocaron el batallón problema de la concupiscencia en el estado de inocencia, según el pensamiento agustiniano, algunos aspectos de su Cristología, y la causalidad sacramental, que varios congresistas no acertaban a ver en la teología agustiniana. Por cierto que fué sintomática la posición escéptica, por lo demás no aceptada por la concurrencia, de un congresista acerca de la significación de la palabra «sacramento». Quizás exagero; pero me pareció observar en el ambiente un excesivo recelo contra toda interpretación o aclaración del pensamiento agustiniano por las categorías teológicas posteriores, realmente en él fundadas; en ello tal vez influya cierto defecto de teologismo verdadero en algunos sectores de estudiosos de la obra de San Agustín y en general de la literatura eclesiástica.

El Congreso se vió honrado con una recepción en los salones del «Hôtel de Ville», ofrecida por Mr. Lafay, presidente del Consejo municipal, y otra fraternal de despedida en el mismo Instituto Católico, cuyo Rector Mgr. Blanchet quiso obsequiar a los congresistas con un amable discurso, como había inaugurado el Congreso. Además, el jueves 23 por la noche, en la Sorbona, bajo la presidencia de Mr. Leonard, Gobernador general de Argelia, disertaron sobre el Africa cristiana, según los nuevos descubrimientos, Mr. Leglay, de la Dirección de antigüedades de Argel, y Mr. Marec, Director de las excavaciones de Hipona.

Todos los congresistas conservarán sin duda el agradable recuerdo de aquellos días de intenso trabajo y amigable y caritativa convivencia; y no fué pura fórmula, sino expresión espontánea del íntimo sentimiento de todos los presentes, el aplauso a los infatigables organizadores del Congreso, principalmente a los RR. PP. Fulbert Cayré y Georges Folliet, A. A., que llevaron ciertamente el «pondus diei et aestus». Sea todo para mayor conocimiento de aquella suprema Verdad, que con tanto apasionamiento amó la grande alma de Agustín.—JOSÉ M. DALMAU, S. I.